

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIII Noviembre-Diciembre de 1946 Núms. 257-258

Puntos de vista

Situación de nuestros escritores

Es posible que en Chile existan cinco sociedades de escritores, pero el escritor es siempre un voluntario, un elemento aficionado que en sus horas libres hace obra en bien de la cultura de la patria. No parece consistir la solución, entonces, en organizar más y más sociedades que, a la postre, se transforman en academias literarias para que se exhiban las personas que simpatizan y se repelan las que disfrutan de antipatías recíprocas. La solución parece estar en que los voluntarios escritores y artistas en general, sean reconocidos como elementos necesarios dentro de la sociedad en que viven, que se utilicen sus servicios valiosos, que se aprecien sus enjuiciamientos hondos y sanos, más allá de la bandería o del colorín político. Desgraciadamente, la sola proposición de que el escritor pase a formar parte del engranaje social activo suena a utopía y a retórica impregnada de ingenuidad, la culpa reside en los mismos escritores y en el medio ambiente. En los escritores, debido a que no dan a su destino artístico una exigencia dinámica que los obligue a luchar contra el tiempo, sin espacios disponibles para la bohemia arcaica y el inconformismo sentimental. Y en el medio ambiente porque es difícil que exista un país que excluya más lo nacional de sus preferencias que nuestra amada patria, en cuyo suelo ha florecido, no por obra de la casualidad, un poeta de la alcuña de Gabriela Mistral. Sin embargo, con la intención de acostumbrar al medio

ambiente a la frecuencia de obras nacionales renovadoras, algunas sociedades de escritores invocan el apoyo del Estado. Siempre, siempre se piensa en el Estado para confiarle compromisos que no ofrecen ninguna utilidad inmediata; por el contrario, pérdidas y dificultades. Esta labor mecánica de parte del Estado no dará tampoco ningún fruto si, paralelamente, no se inicia una campaña de alfabetización, si no se divulga a los cuatro vientos el libro chileno, si no se protegen con derroche las bibliotecas y se crean otras nuevas a destajo. Sólo así se dará al libro la función histórica y social que él merece, cuando se adentra en los hábitos del ciudadano.

Mientras tanto, los escritores voluntarios viven al margen de toda actividad real y si ingresan al periodismo, creyendo que él ofrece la única posibilidad moderna de divulgar cultura y pensamiento, son observados con reticencia por el periodista profesional que estima los métodos de trabajo del escritor demasiado pausados y anacrónicos.

Vemos, pues, que nada se adelanta con seguir fundando, en las condiciones descritas, sociedades de escritores y que más valdría que todos los voluntarios de las letras, heroicos algunas veces, se unieran con ese compañerismo que exhiben otros cuerpos de voluntarios, para imponer a la colectividad una legítima existencia humana y artística, digna de mejor suerte.